



EL CASTILLO DE ANGERS.

El castillo de Angers es uno de los edificios mas singulares de todos los del mismo género que se conservan al oeste de la Francia. Su aspecto participa un tanto de monótono y regular que cansa la mirada; sin embargo, tiene su carácter especial, y, con este título, merece ser visitado por los viajeros.

No sabríamos dar una descripción mas exacta, mas completa, ni mas elegante del castillo de Angers, que la que se halla en el libro titulado: *Angers pintoresco*.

Si algunos edificios feudales, como los que dominan amenazadores el Rhin, ó coronan con toda su coleccion de leyendas, las fragosas márgenes, ofrecen en su aspecto, y especialmente en su posición un golpe de vista mas pintoresco, hay pocos que puedan mejor que el castillo de Angers, presentar este carácter formidable, aquella idea de solidez eterna que es tan perfectamente adecuada á semejante construcción. Aquí, no contento con dar á las murallas una base incommovible, la misma roca ha formado muralla para elevar, cuanto fuese posible la primera hilada de piedras, y contra esta invencible masa es con la que hubieran chocado en vano en otro tiempo los golpes del ariste. Por la parte del río, veíase, en tiempo de san Luis, como hoy día (salvo las ruinas) los palacios de los condes y los escombros esparcidos de las construcciones precedentes. Descendiendo hácia la cadena baja, una de las torres sombrías está unida á un bastión que comunicaba con otro elevado su frente, en la orilla derecha; una cadena cerraba el paso de la Maine entre ambos. Los restos de una escalera que bajaba del castillo á esta obra,

cayeron hace mucho tiempo en un subterráneo que atravesaba al río y salía al campo. Subiendo hácia el sud, se empezaba á contar á la distancia de cien pies próximamente, el ámbito de los fosos; las diez y siete torres macizas que describen un pentágono irregular terminaban en la elevada torre, como hoy día, bajo el nombre de *torre del Diablo*, *torre del Molino* ó *del Norte*; su vasto perímetro aumentado aun por el bastion de la puerta de los Campos.

«Cada una de ellas, como esta *torre del Diablo*, de la que ofrecemos el grabado, descollaba á mucha altura sobre la dilatada muralla negra, sirviendo de cortina. Su enorme circunferencia estaba de distancia en distancia, circundada, por decirlo así, de cordones de toba blanca, semejantes á los que ciñen los dos torreones del castillo de Durtal. Al Este dos torres idénticas se elevaban con gracia sobre la puerta ogival, dando entrada á la fortaleza; entre ella se bajaba el rastrillo, último de los medios de defensa, y su doble masa parecia querer ocultar bajo su sombra el dilatado brazo del puente levantado con sus pesadas cadenas.

«Enrique III mandó demoler el castillo de Angers, desde la puerta Toussain hasta el puente Ligny; salvo la torre del norte que se conservó probablemente á merced al molino de viento que descollaba sobre ella, todas fueron demolidas. Felizmente, poco después otros cuidados sobrevinieron en el momento de demoler la muralla que constituye el cuerpo de la fortaleza, y se suspendió la destrucción.»

22 DE DICIEMBRE DE 1850.

EL CLAVEL DE LA VIRGEN.

(Cuento de vieja.)

(CONCLUSION.)

V.

El clavel de la Virgen.

Era la hora del amanecer de un hermoso día de setiembre, y las campanas del lugar vecino tocaban á fiesta. Solita oyó con júbilo aquellos sonidos que la recordaban pasadas aflicciones, porque el corazón ama sus penas como sus alegrías, que son su propiedad, y se complace en la memoria de unas y otras.

Salió la joven de entre las ramas, como Venus de las aguas, hermosa y sencillamente vestida de blanco. En su cabeza no llevaba mas adorno que el clavel disciplinado; el cual, por una misteriosa influencia, enloquecía de orgullo su cerebro, haciéndola concebir los proyectos mas descabellados.—«Voy á transformar las cabezas de todos los mozos del lugar, y á burlarme de ellos, pensaba en su interior; me llamarán hermosa, y yo me haré la gazmoña, para que mas se enamoren de mis hechizos. Las mozas me tendrán envidia, y cuando sepan quien soy, me halagarán con falsas caricias, para que les comunique el secreto de mi hermosura; pero me reiré tambien de ellas, y patearán de coraje.»

Con estas malignas intenciones entró Solita en el lugar, cuando la gente se encaminaba á la iglesia para oír la misa mayor, que se debía cantar solemnemente, por ser el día de la Natividad de la Virgen. Pasó la joven por delante de la iglesia, y le dió deseo de entrar en ella; pero un mal pensamiento la detuvo, y pasó de largo.—«Está eso muy oscuro, dijo, y no repararían en mí.»—En seguida se fué á una de las casas donde solía parar en otro tiempo.

Desde que Solita faltaba del lugar, las gentes se habían hecho lenguas con motivo de su desaparición repentina: unos decían que se había marchado de cantinera con unos soldados que pasaron por el pueblo, otros aseguraban que se la habían comido los lobos; no faltaba quien dijese haberla visto volar montada en una escoba tocando un panderó; y algunos, mas cuerdos, opinaban que se había caído en un pozo. Pero una vieja que andaba buscando yerbas en la montaña, la tarde de San Juan, dijo que la había visto cuando se la llevaban los duendes. Prevalció esta opinión, y todavía, cuando los muchachos eran traviesos ó llorones, sus madres les decían para intimidarles:—«¿Que viene la jorobada!»

Sin embargo, en los últimos días, grandes novedades habían ocurrido en el pueblo, lo bastante para que se diese al olvido la misteriosa suerte de Solita. El señor del lugar había muerto, y su hijo y sucesor, joven de veinte años, arrogante mozo y muy galán, quiso visitar sus dominios, y á la sazón se hallaba en el pueblo. Con motivo de su venida hubo danzas públicas para festejarle, repiques de campanas, salvas de trabucos y escopetas, y por dos ó tres noches consecutivas iluminación de candelas y cohetes. El ayuntamiento dió un banquete al señor y otro á los pobres del lugar, y un baile de máscaras en las casas consistoriales. Con estas cosas, nada tiene de extraño que las gentes se olvidasen de la jorobada.

Pero, cuál no sería el asombro de aquellos sencillos habitantes, cuando la hermosa joven se presentó en las casas que mas había frecuentado en otro tiempo, y dijo á sus conocidos su nombre, llamándolos á todos por el suyo, y dándoles tales señas, que no había medio de dudar de la identidad de su persona. Inútil es decir que nadie la reconocía, y que las mugeres se hacían mil cruces al verla tan hermosa y transformada. Entonces no quedó ninguna duda de que algun espíritu del otro mundo había tenido que ver con Solita, por lo cual se la miraba con cierto respeto supersticioso, que mas tenía de miedo que de admiración.

Sin embargo, los mozos comenzaron á mirarla con apetito, y las muchachas con envidia, y Solita que otra cosa no deseaba, se ponía mas hueca que un pavo real, aunque, con el afán de oscureceras á todas, se mezclaba familiarmente con ellas, y así era mayor el calce de su belleza.

Llegó la tarde, y se dispuso, segun costumbre, la rifa del mejor clavel que había nacido de planta, y que, como cosa rara en una estación tan adelantada, excitaba la codicia de todas las jóvenes. Los mayordomos de la Virgen paseaban la plaza de la iglesia, publicando en alta voz el precio en que había sido puesto el clavel de la Virgen, y convidando á los mozos á subir la puesta, para que fuese mayor el lucro que resultase para el culto de la imagen que lo había tenido en su altar. Todos los jóvenes que tenían novia decían sus pujas al oído de los mayordomos, y estos publicaban en seguida el precio del mejor postor.

En un grupo de las personas principales del lugar se paseaba el arrogante conde de la Rosa, señor de aquellos dominios, sin fijar su atención en la rifa del clavel, sino con una curiosidad indiferente, cuando apareció en la plaza Solita, acompañada de otras jóvenes. Todas las miradas se fijaban en la hermosa criatura, y movióse un murmullo general, en el que solo se distinguían estas palabras:

—¡La jorobada! ¡la jorobada!

Solita había desembocado en la plaza en el momento en que el condecito de la Rosa terminaba su paseo vuelto de frente hácia la calle por donde ella venía. Causó al joven conde tal impresion la hermosura de la prodigiosa doncella, que se quedó parado algunos momentos, sin poder apartar la vista de ella, y cuando recobró su serenidad, preguntó á uno de los que le acompañaban:

—¿Quién es esa joven? ¿de quién es hija?

Nadie pudo responder á la segunda pregunta, y en cuanto á la primera, solo se dieron contestaciones ambiguas, pues no era fácil atinar con la solución del misterio que á la hermosa niña envolvía. Ella por su parte sintió un extraordinario orgullo, al ver que había producido la admiración de todo el gentío; pero cuando observó las miradas del condecito, sus preguntas y su arrogante apostura, subió el carmin del rubor á sus mejillas, y se turbó, sin comprender la causa de su indecisión.

A este tiempo gritó uno de los mayordomos:—«En tres ducados está el clavel de la Virgen.» ¿Hay quien dé mas?

El joven conde se acercó al mayordomo y le habló al oído. El mayordomo gritó:—«El clavel de la Virgen está en treinta ducados.» ¿Quién dá mas?

Los mozos del lugar comenzaron unos á remolinear y otros á dispersarse, confesándose derrotados. Nadie creía posible que hubiera quien pujase mas; pero fué general el asombro, cuando se oyó la voz del mayordomo, que gritaba:—«Hay quien da cien ducados por el clavel. ¿Que se remata!»

Fijáronse entonces las miradas en un joven desconocido, de vulgar apariencia, pero de interesante fisonomía, que miraba el clavel con ojos codiciosos y á la joven Solita con tristeza. ¿Quién podía ser aquel forastero que á competir se atrevía con el señor del lugar?—Este hizo una seña al mayordomo, el cual proclamó en seguida que el clavel de la Virgen había sido puesto en mil ducados, pero inmediatamente se le acercó el forastero, y á la proposición que le hizo no pudo menos el mayordomo de contestar que necesitaba una garantía.

Sacó el joven de su bolsillo un riquísimo medallón de oro guarnecido de innumerables diamantes, y lo puso en las manos del mayordomo, quien lleno de asombro, exclamó:—«Dan cien mil ducados por el clavel.»

La gente del pueblo presenciaba con pasmo esta competencia nunca vista. No extrañaban que el conde, por un capricho, arriesgase cuantiosas sumas; pero no podían comprender que hubiese un hombre capaz de pujar mas que él. Preguntábanse unos á otros si alguien conocía al forastero, de dónde había venido; pero nadie acertaba á dar respuesta.

El conde, irritado de la oposición que se le hacia, se acercó lleno de cólera al mayordomo, y le habló en voz baja:

—¡El clavel es mío! le dijo; te va la cabeza si lo das á otro. ¡Pónlo en quinientos mil ducados!

El pobre mayordomo no pudo resistir á los argumentos concluyentes del conde, y declaró que el clavel de la Virgen quedaba adjudicado al mejor postor, en quinientos mil ducados.

—¡Hay quien dé mas! gritó una voz en medio del gentío. Pero el mayordomo sostuvo que era ya tarde, y que estaba cerrada la rifa. Levantáronse rumores contra la parcialidad del mayordomo; pero al ver que éste se acercaba al conde para entregarle el disputado clavel, nadie se atrevió á rebelarse contra su señor.

Casi á un mismo tiempo se dirigieron el conde y el forastero hácia el grupo donde estaba Solita: el primero, con el clavel en la mano, se acercó á ella y le hizo presente de él con suma galantería; el segundo pasó rozando los vestidos de la joven, y la dijo al oído:—*¡Hasta la queda!*

Solita se turbó al oír estas palabras, y el clavel que acababa de recibir, se le cayó de la mano. El forastero continuó rápidamente su marcha, y el conde gritó á sus servidores:

—¡Seguid á ese hombre!

Pero esta prevención fué inútil, pues á los pocos pasos el forastero había desaparecido, sin que bastasen para dar con él las mas minuciosas indagaciones.

Creció con esto el pasmo de las gentes, y no faltaba ya quien se atreviese á murmurar, diciendo que aquel forastero era el demonio en figura de lugareño; y esta suposición adquirió crédito cuando, acordándose el mayordomo del riquísimo medallón que aquel había dejado en su poder, llevó la mano á su bolsillo y solo sacó de él un puñado de carbones y ceniza, que arrojó lleno de terror. Cundió en

seguida la voz de que la hermosa Solita tenía inteligencias misteriosas con el diablo, y aquella misma noche partieron emisarios secretos á Granada con el objeto de denunciar los hechos referidos al Santo tribunal de la inquisición.

VI.

La enferma imaginaria.

Favorecida Solita con el clavel de la Virgen, á ella le correspondía, según costumbre, el honor de llevar la banderola de la Virgen en la procesion del Rosario, que debía efectuarse en seguida, y presidir el baile que aquella noche daba la cofradía en la plaza, bajo un entoldado de ramas verdes. Lo primero tuvo sus inconvenientes, pues las personas mas timoratas del lugar reputaban sacrilegio depositar en manos de una jóven bruja las insignias de la Madre de Dios. Nadie, sin embargo, se atrevió á formular la negativa, por temor de atraerse la cólera del señor conde; pero algunos se acercaron al cura, manifestándole el escrúpulo de sus conciencias; y el venerable pastor reunió en junta al teniente de la parroquia, á otro clérigo de misa y olla, al sacristán y al alcalde, para consultar lo que convenia hacer en tan apurado trance. Todos opinaron que no se debía conceder á Solita el favor que le correspondía de derecho; pero ninguno se creyó con valor suficiente para arrostrar las iras del señor del lugar, y como el tiempo no daba treguas, resolvieron contemporizar con las circunstancias, sin perjuicio de hacer despues rogativas públicas en descargo del pecado que cometían. Para no incurrir en las penas del Santo Oficio, se acordó que el señor cura oficiase aquella misma noche al inquisidor provincial refiriéndole el caso y lo que había sido preciso hacer para evitar mayor escándalo.

No fueron las mozas del lugar tan condescendientes como la sabia junta, pues ninguna quiso encargarse de llevar las borlas del estandarte, y fué menester comisionar al efecto á dos monacillos.

Despues de terminada la fiesta religiosa, comenzó el baile, que presidió Solita en compañía del conde, el cual no se apartaba de su lado. Llevaba la jóven el clavel disciplinado en la cabeza, y el de la rifa en el pecho; y, no se sabe si á causa de la influencia misteriosa de aquellas flores, ó como resultado de las nuevas emociones, la hermosa huérfana sufría una lucha extraña que la tenía en continua distraccion.—Asaltábanla pensamientos livianos; ideas de vanidad la enloquecían, y al mismo tiempo la modestia la obligaba á bajar los ojos cuando alguien la miraba, y una graciosa timidez la embellecía si el jóven conde la dirigía la palabra.—Bullían en su cabeza proyectos ambiciosos, y temblaba al considerar su pequeñez comparada con la grandeza del señor que la honraba con sus distinciones. En medio de esta lucha, nueva para ella, y que confundía su razon, pasaba por su memoria de cuando en cuando, y como la luz de un relámpago, el recuerdo del Niño de Oro, y entonces se entristecía; pero el ruido de la fiesta, una palabra del conde, un murmullo de admiracion ó de envidia producido por su hermosura, devolvían á sus labios la sonrisa, que, ora aparecía cándida y placentera, ora contraía sus mejillas con cierto desden malicioso.

—Distráida os encuentro, hermosa jóven, le dijo el conde en una ocasion: ¿acaso no estais contenta de vuestra suerte, ó vuestro pensamiento divaga lejos de aqui?

—No es nada de eso, contestó Solita; mi suerte no puede mejorarse, pues alcanzo favores que no merezco: y en este instante nada me falta para ser dichosa.

Esto dijo la jóven, y sin embargo se puso triste al decirlo. Reparálo el conde y repuso:

—Quiero creerlo; y si no sospechase que dais mucho valor á ese clavel disciplinado...

—Este clavel, dijo Solita interrumpiéndole, no vale nada.

—De otro modo lo apreciaría yo si fuese mio, contestó el conde.

La jóven se ruborizó, y quitándose el clavel de la cabeza, lo presentó al conde diciendo:

—Clavel por clavel, tomad este, si os agrada; pero no vale tanto como el vuestro. Tomó el jóven conde la flor, y la colocó sobre su corazon.

—No hay duda, me ama; pensó con alegría Solita: y no bien hubo formulado este pensamiento, cuando se oyó el canto de un cuco sobre la enramada que adornaba la plaza. La jóven sintió un dolor agudo, y se desmayó.

La turbacion del conde no se puede explicar. La fiesta se descompuso; los criados del jóven señor corrían en todas direcciones, buscando auxilios que prodigar á la hermosa Solita, y no siendo posible restituirla el sentido con los remedios que inmediatamente se la administraron, el conde, informado de que la jóven no tenía casa conocida, dispuso que la condujesen con mucho miramiento á la suya. El médico y el boticario del lugar se colocaron á la cabecera de la hermosa enferma: cuatro mujeres fueron destinadas á su cuidado: se

envió á buscar los médicos de los pueblos vecinos; hizose cuanto en lo humano cabe para destruir aquel terrible parasismo, pero todo fué inútil, y la jóven no volvió en sí, hasta que comenzó á rayar el alba. Entonces abrió los ojos y miró con extrañeza la barahunda de gente que la rodeaba, los innumerables potingues que había sobre una mesa, y el aspecto conternado de los servidores del conde.

—¿Qué significa todo esto? dijo: ¿Hay aqui algun enfermo? Que me dejen sola.

Los médicos mandaron despejar, y ellos mismos se retiraron, para consultarse, á una estancia inmediata, satisfechos de su ciencia. No dudaban que la jóven sufriría un ataque de fiebre, y dieron las órdenes convenientes para este caso previsto.

Entre tanto, Solita se vistió apresuradamente, abrió una ventana, y al ver la luz del dia, se retiró abatida, cayendo conternada en una silla.

—¡Es ya tarde! exclamó. ¿Cómo es que he podido dormirme? ¡Pobre Niño! ¿qué será de él!

Los médicos, desasossegados, volvieron á entrar en la habitacion de Solita; la cual con sus razones y mas aun con su normal y tranquilo continente, les probó que estaba buena y sana; y hasta pretendió probarles que nunca había estado enferma: pero ellos no lo creyeron, aunque esto dió pábulo á nuevas conjeturas, y á mayor convencimiento entre el vulgo de que Solita era bruja.

Dispuso el conde nuevas fiestas para las noches siguientes, á fin de obsequiar á su amada, pues era mucho el cariño que la había cobrado, y proyectaba hacerla su esposa; si bien su mayordomo, como hombre de experiencia y riguroso partidario, que era, de las distinciones sociales, trabajaba para impedir esta grave determinacion, y pretendia trocar el amor de su amo en liviano apetito.—La segunda noche aconteció lo mismo que la primera, con lo cual creció al dia siguiente el desconsuelo de la jóven, que tomó la firme resolución de no faltar á su palabra dada.

VII.

Quien echa pan á perro ageno....

Llegó la tercera noche y con ella nuevos bailes y diversiones; pero no tardó el regocijo en convertirse en alarma, cuando al entrar el conde en el aposento de Solita para ofrecerle su brazo, encontró desierta la habitacion. Llamó á sus criadas, y estas le informaron de que la jóven se había hecho ataviar con sus mejores galas, y adornado con el clavel de la Virgen que conservaba en agua, despues de lo cual había mandado que la dejaran sola. Inmediatamente se hicieron diligencias para buscarla por toda la casa, donde no fué encontrada: el conde comenzó á tener celos y estaba inconsolable, motivos ambos por los cuales resolvió perseguir á todo trance á la fugitiva hasta encontrarla, aunque fuese menester remover las entrañas de la tierra. Salieron exploradores por todo el pueblo, con encargo de averiguar con maña el paradero de Solita, á quien seguiremos nosotros, mejor enterados del camino que había tomado; pero no sin decir antes que, al poco rato de andar preguntando, volvieron dos de los servidores del conde y le dijeron:

—Señor, varias personas han visto á la hermosa Solita encaminarse hacia el torrente del Diablo, acompañada del jóven que compitió con Vuescelencia en la rifa del clavel, y han observado que ambos iban entretenidos en sabrosa conversacion.

El conde, que tal oyó, dispuso en el acto una batida, para perseguir á su hermosa ingrata, muy resuelto á matarla con su cómplice, si lograba alcanzarlos; al mismo tiempo que otra comparsa de cuadrilleros del Santo Oficio, le seguía la pista á Solita por diferente camino.

La ex-jorobada, entre tanto, pesarosa de haber engañado involuntariamente al dispensador de su hermosura, había salido con cautela de la casa de su nuevo amante, para estar, á la hora convenida con el Niño de Oro, al pié de la cascada prodigiosa, y poder corresponder á los favores de que era deudora.—Sola, absolutamente sola se había internado en la cuenca del torrente, sin encontrar á nadie en su camino, y sin embargo, era evidente que la habían visto acompañada del jóven desconocido. El pícaro encantado se había valido seguramente de este ardid, que le permitían sus malignas artes, para conservar la presa que veía próxima á serle arrebatada por el amor del conde.

Quando llegó la jóven al pié de la cascada, se sentó y aguardó; y al cabo de una hora, vió aparecer un resplandor siniestro y oscilante que á intervalos iluminaba los dobleces de las rocas, por entre cuyo seno corría espumoso el riachuelo.

Este resplandor intermitente llenó de pavor á Solita, pues le veía irse acercando de la parte del lugar, y no comprendía la causa. Pasado un rato oyó pisadas de caballos en la arena, cuyo estridente chasquido se reproducía pavoroso en los ecos de la montaña, y percibió rumor como de gente que hablaba quedo, por lo cual comenzó á sos-

pechar que la andaban buscando, y se ocultó como mejor pudo entre los arbustos de la ribera.

Con efecto, el conde y su gente llegaron en breve, exploraron todo el terreno con bastante miedo, y ya fuese por esto, ya por una casualidad providencial, á poco volvieron las espaldas convencidos de que no había nadie en aquel sitio, y de que no era posible pasar adelante. Cambiaron de dirección, y minutos después vióse ondear sobre la montaña las cabelleras de fuego de las antorchas que llevaban en la mano peones y caballeros, destacándose sobre el fondo negro del cielo, y ofreciendo á la vista perfiles rojizos de hombres y caballos. Este espectáculo fantasmagórico parecía el de una cabalgata de diablos, en medio de la oscuridad de la noche.

Solita temblaba de miedo, mucho mas que cuando se encontró en aquel sitio por la vez primera. El ruido de los caballos retumbaba al pié de las rocas, semejante al rumor de una fragua subterránea: mezclábanse á este sordo estruendo los agudos silbidos con que se citaban los exploradores distantes entre sí; y para hacer mas pavorosa y al mismo tiempo mas extraña esta escena, comenzó á resonar en los peñascos el eco de las campanadas de la queda, cual si fuesen los lamentos de un enfermo de bronce, al paso que suaves armonías brotaban entre los cristalinos pliegues de la cascada.

Solita sintió á la vez alegría y tristeza, pues por una parte gozaba con la idea de cumplir como agradecida, y por otra deploraba la pérdida de su libertad, y la aligía el recuerdo del conde. Después de un arrobador preludio, lleno de dulce melancolía, se oyó una voz que cantaba:

¡Ay de mí, que confiado,
y esperando galardón,
en tierra ingrata he sembrado
la flor de mi corazón!
Fecunda era la semilla,
mas dá por flores abrojos!
por eso no es maravilla
que viertan llanto mis ojos.
¡Pobre corazón mío
llagado sin piedad!
tu antiguo poderío,
¿adonde, adonde está?

Solita reconoció la voz de su antiguo amante, y una lágrima de compasión humedeció sus pestañas. Comenzó á temer que no fuese ya reparable su involuntaria infidelidad. La voz entonó otra estrofa:

Esperanzas lisonjeras
humo desprendido son
del fuego que abrasa enteras
las alas del corazón:
y la muger es el viento
que activa la roja llama,
sirve al humo de alimento
y luego lo desparpama.
¡Dulce esperanza mía,
llevóte el viento ya!
Virgen de mi alegría,
¿en dónde, en dónde estás?

—¡Aquí, fiel como siempre! exclamó Solita sollozando.

Al decir esto, sintió la joven un frío de hielo sobre su cabeza, llevóse la mano á ella y solo encontró el clavel de la Virgen como causa de aquella sensación, que fué momentánea. El clavel estaba mojado de rocío. Hubiera querido la cándida niña reflexionar sobre tan extraño accidente, pero le faltó tiempo; pues levantada en alto por una fuerza invisible, pronto vió como las negras rocas se tornaban transparentes, cual si de purísimo aire fuesen hechas, y como su cuerpo ligero las penetraba. A lo lejos descubría la cabalgata del conde, y andando sobre su cabeza una figura de hombres vestidos de negro, con espada en el cinto y largas varillas de autoridad en las manos.

Así entró Solita en el vasto recinto del palacio encantado, en donde fué breve su permanencia; pues sin sospecharlo ella, llevaba consigo un talisman poderoso, que debía deshacer aquel hechizo. Y, con efecto, apenas se esparció por el palacio el aroma del clavel de la Virgen, comenzaron á temblar las diamantinas columnas, deshaciéndose como la sal en el agua, y el terso pavimento á levantarse, como la niebla que de una laguna se alza á los primeros rayos del sol. Mil espíritus invisibles cruzaban el espacio, produciendo con sus alas agudísimos silbidos.

La deliciosa mansion convitióse pronto en negro y espeso humo, y únicamente alrededor de Solita lucía una brillante aureola, pareciendo la joven un astro en medio del caos. De entre las densas y vertiginosas tinieblas, en cuyo profundo seno se oían rumores de terremotos y estallidos como de iena verde que tuesta el fuego, brotó

una nubecilla blanca, semejante á una columnita de incienso, la cual se transformó poco á poco en un arrogante mancebo vestido á usanza morisca: siete lucecillas revoloteaban como fuegos fatuos alrededor del hermoso joven, y se convirtieron luego en otras tantas doncellas de voluptuosas formas; de las cuales doncellas unas sostenían un azafate de flores sobre el que quedó recostada Solita. otras tañían instrumentos armoniosos, otras con alas de mariposa revolaban sobre la joven, arrojándole frescas rosas y jazmines y alguna de ellas, envidiosa de su triunfo, se apoyaba de codo sobre un antepecho de nubes. El hermoso mancebo dobló una rodilla delante de Solita, y la dijo:

—Sin terminar tu sacrificio, reina de la hermosura, has puesto fin á mi cautiverio, por la sola virtud de ese clavel que ostentas con gallardía. Para ti quise conquistarlo, y me lo arrebató la injusticia; pero no le guardo rencor al que, mas afortunado, lo ganó para ti; pues por él reconquistó la libertad que anhelaba. Dóte millones de gracias por este señalado favor, ángel querido, y por la bienaventuranza que me espera te juro que no seré ingrato á tamaño beneficio.

—¡Infeliz! exclamó Solita con acento inspirado; aguardas la bienaventuranza de tu falso Profeta, mientras crees en la virtud de este clavel, que solo por haber tocado el altar de Maria, tiene fuerza bastante para deshacer tu encanto! ¡Abre los ojos á la luz y sé cristiano!

—Sultana, tus labios derraman la verdad, como los panales la miel, respondió el mozo. Pero dime, te ruego, ¿quién me hará cristiano?

—¡La gracia de Dios! contestó Solita: é incorporándose en el lecho de flores, se quitó el místico clavel que estaba todo él empapado en rocío, hizo la señal de la cruz sobre la cabeza del mancebo, y vertiendo sobre ella las celestiales perlas, bautizó al moro en nombre de la Virgen.

Desaparecieron en el momento aquel todas las visiones fantásticas y Solita se quedó profundamente dormida. Del encantado hecho cristiano con las gotas de rocío de un clavel y por la mano pura de una doncella, solo se percibió en los aires un suspiro de alegría.

En vista de tan inesperados prodigios, el negro Bay diz que se comió á sí mismo de coraje, lo cual es muy posible, siendo como era tan envidioso, y de la ventura del Niño echó la culpa al cuco que, en su sentir, no había contado bien los días.

Entre tanto, la cascada y el torrente del Diabolo habían cesado de existir. Al penetrar Solita en la montaña, un espantoso terremoto había sacado de sus cimientos los montes y las rocas de la comarca: las aguas del torrente habían subido por los aires, resacas en una densa cortina de nubes, de cuyo seno entreabierto y resquebrajado brotaron llamas opacas y angulosos relámpagos: esta nube se deshizo en un destructor pedrisco que arrasó las campiñas, y al amanecer solo quedó en el lugar del torrente una turbia laguna, cuyas bituminosas y amargas aguas no alimentan á ningún ser viviente. De los cuadrilleros que andaban en busca de Solita nada se supo, y se presume que están sepultados, para escarmiento de pícaros, en el fondo de la laguna.

El furioso vendaval y el gran terremoto que precedieron á la tempestad hicieron que la cabalgata del conde se dispersase, sin que fuera posible que se reuniesen mas los exploradores en toda la noche: los caballos espantados huyeron en direcciones diferentes; cual arrojando al ginele se precipitó en los abismos formados por enormes tajos; cual guiado por su fiel instinto trepó ligero por las breñas y empinadas rocas, sacando milagrosamente á su dueño á punto de salvación; cual encabritándose y relinchando de terror fué á estrecharse juntamente con su caballero en el fondo de crecidos barrancos, cuyas aguas arrastraron sus mutilados cuerpos hasta el mar.

El joven conde permaneció algun tiempo acompañado de dos de sus mas fieles servidores; pero en breve se quedó solo y á la ventura de su fogoso potro; el cual bufando y con las crines erizadas, mas que pies parecía tener alas: el huracán encubría el ruido de sus pisadas, de las cuales brotaban sin embargo cuádruples manojos de chispas. Solo de cuando en cuando aparecían caballo y caballero sobre los picachos de las altas rocas, destacando su perfil negro, como el de la salamandra en medio del fuego, en el ancho cráter de las nubes incendiadas por los rayos. Luchó cuanto pudo el joven contra la fatiga; pero rindióse al fin, y casi asfixiado por la velocidad del aire que le cortaba, perdió el conocimiento y se echó de bruces sobre la silla. Su muerte era segura; pero el generoso bruto, como si conociese el peligro de su dueño, se contuvo en su carrera, procurando conservar la carga hasta que, reventado, fué á caer á la puerta de una cabaña, en la cual dió dos golpes con las manos, cual pidiendo socorro, y espira en el momento.

Salió de la cabaña un anciano pastor, que al ver al caballo muerto y al ginele desmayado, acudió al socorro de éste, por si podía tor-

narle á la vida; y quiso la buena estrella del conde que aquel pastor fuese hombre esperto en el congegimiento de yerbas medicinales, con cuyo auxilio y el del agua fresca con que le roció el rostro y le mojó los pulsos, reanimóse aquel, y pudo comprender lo que le pasaba.

VIII.

Entre paréntesis.

(No sé lo que te irá pareciendo este cuento, lector crédulo; pero cualquiera que sea tu opinion me satisface. Sin embargo, estoy por que pienses bien de él, y para ello quisiera que no echaras nada de menos. Esta consideracion me ha detenido, pues ahora recuerdo que le faltan á mi obra dos cosas esenciales: el *Prologo* y la *Dedicatoria*. Pero nunca es tarde, si la dicha es buena. El primero puedes hacerlo tú á tu gusto, y es el modo de que seas bien servido: por que yo no sirvo para el caso. La segunda si la haré con mil amores... ¿Y á quién dedicaré este clavel?... ¡A quién!

A la hermana de la deliciosa Jarilla,

A LA INSPIRADA POETISA DOÑA CAROLINA CORONADO;

pues aunque no tengo la dicha de conocerla personalmente, confío en que lo aceptará, porque las hermosas nunca desdeñan las flores.)

IX.

La herencia del moro.

La del alba seria cuando se oyó fuera de la cabaña el relincho de un caballo. El condesito que, abrigado en la humilde cama del pastor recobraba sus alientos, al oír aquel relincho no pudo resistir á su impaciencia, y se levantó presuroso, anhelante de saber noticias de sus pobres gentes y de abrazar á alguno de sus compañeros de infortunio. Efectivamente, allí había un caballo, pero sin ginete, y receloso, barruntaba desde lejos al overo muerto del conde.

Acercósele éste y lo montó, resuelto á recorrer las montañas siguiendo á la ventura el instinto del animal, para ver si lograba encontrar á alguno de los suyos; y aunque con lágrimas en los ojos le rogó el pastor que se quedase hasta restablecerse completamente, no cedió de su intento y emprendió su camino antes que la luz de la aurora alumbrase lo bastante para distinguir los objetos.

Transparente y puro estaba el cielo, como suele estarlo despues de una tempestad de verano: la luz del alba bordaba las montañas del Oriente con su blanca y risueña claridad, y un vientecillo fresco y apacible parecía regenerar á la tierra maltratada.

El jóven conde caminaba con rumbo incierto; pero con el corazón, aunque triste, lleno de inesplícables esperanzas. Pareciale, sin saber por qué, tener próxima la realizacion de su felicidad, y la memoria de sus penas presentábasele confusa, y como el recuerdo de fútiles y quiméricos disgustos.

Al doblar la vertiente de una loma, detúvose el caballo y aguzó las orejas: metióle espuelas el conde, pero el bruto, aunque dió algunos pasos, volvió á pararse respirando fuerte, y se apartó hácia un lado de la vereda. Tendió la vista el jóven señor y solo vió delante de sí y á su izquierda un ameno sitio, poblado de arbustos aromáticos, de gayombas y zarzá-rosas: pero imaginando que entre aquellos arbustos podía estar el objeto que barruntaba su caballo, echó pié á tierra y penetró en los matorrales.

En medio de ellos le aguarda una sorpresa. Tendida sobre el musgo encontró á su adorada Solita, y creyéndola muerta, dió un grito de dolor y se lanzó hácia ella. Ninguna idea de resentimiento ni de celos atormentó en aquel instante á su corazón generoso. Tocar á su amada, cerciorarse de su existencia, sororrerla si aun era tiempo, fué lo único en que pensó. Arrodiado junto á ella, puso temblando la mano sobre el pecho virginal, y acercó sus labios á los de ella, para percibir los latidos y aspirar el aliento que para él eran la vida ó la muerte. Pronto se incorporó con el semblante risueño, y dando un dilatado suspiro, exclamó:

—¡Vive!

El jóven reparó entonces en un objeto que antes no había visto: era una caja de madera primorosamente labrada, y embutida de oro, concha y nácar, sobre cuya tapa se leían, en letras formadas de mosaico bellissimo, estas palabras:

«DOTE DE SOLITA.»

Esta caja estaba junto á la jóven dormida, la cual tenia pendiente del cuello una cinta con una llave; y presumiendo el conde que sería la de la caja, quiso tomarla sin ser sentido, para enterarse de lo que aquella contenía.

No fué tanta su destreza que, al intentarlo, no despertase la jóven sobresaltada, y fué grande el asombro de ésta, cuando se vió abandonada en el campo y sola con su noble amante. Pasóse Solita la ma-

no por los ojos, como para cerciorarse de que estaba despierta; mientras que el conde la miraba turbado, vacilando entre opuestos sentimientos. Por una parte se abrasaba de amor, pues nunca le había parecido la jóven tan hermosa; por otra renacían en su alma los amargos celos, y esta pasión cruel predominó en su razón, pues reconviniendo á su amada la dijo:

—¡Por fin os encuentro! ¿Qué habeis hecho de vuestro amante?

—¡Ah! ¿sois vos realmente? dijo Solita incorporándose con alegría, como quien sale de una pesadilla: ¿es cierto que estoy en el mundo? Hablad, amigo mio, hablad.

—¡Vuestro amigo! exclamó el conde con amargura; ¿qué significa esto? ¿Dónde se oculta el infame que os acompañaba anoche?

Solita se quedó estupefacta; púsose el dedo índice sobre el labio inferior, y alzando los ojos al cielo se quedó pensativa, y luego dijo:

—¡Anoche!... ¡Ah! ya recuerdo. Anoche vine sola, hasta la cascada que está allá abajo... Despues... No recuerdo nada mas.

—¿Y vinisteis cargada con este cofre? preguntó el conde, señalando á la caja misteriosa.

—No conozco ese cofre.

—¿Ni tampoco esa llave?

—¡Esta llave! Verdad es que tengo aquí una llave. ¿Será la suya?

El Conde no sabía qué pensar de la ignorancia que Solita demostraba de todo cuanto veía. Ella entre tanto probó la llavecita en la cerradura de la caja, é inmediatamente saltó la tapa, dejando á la vista multitud de joyas de inestimable valor. Grande fué la sorpresa del conde al ver aquellas riquezas; pero Solita, por el contrario, dándose una palmada en la frente, exclamó:—«¡Ya lo comprendo todo!»

En seguida contó al Conde sus aventuras subterráneas, sus estrafalarios amores con el Niño de Oro, el desencanto de éste por la virtud del clavel de la Virgen, y todo lo demas que ya sabemos. Inútil es decir que el conde puso en duda tan extraña historia, y quiso pruebas que le convenciesen de su veracidad. Pero no era fácil encontrar estas pruebas.

Examinando las ricas joyas que la caja contenía, vió Solita un pliego cerrado y sellado en medio de ellas. Tomólo con curiosidad, y abriéndolo, se lo entregó al Conde, el cual halló en él escritas estas palabras:

«Herencia de Aben-Mequenun-ben-Chalid-el-Tuzani.

»Lo que á los muertos molesta es alegría y bienandanza de los vivos. — Gocé con salud, paz y amor estas riquezas Solita, mi salvadora, hija natural de Luisa, marquesa de Flores-Altas, y de...»

Lo restante estaba escrito en caracteres arábigos, de modo que el condecito no pudo entenderlo: y era bastante lo que quedaba por descifrar. Otro portento hirió la vista del jóven amante: el clavel de la Virgen se había transformado en otro en la cabeza de Solita: sus hojas eran de topacio rojo, y los nombres de MARIA y SOLITA resaltaban en ellas, formados de pequeños diamantes imitando á gotas de rocío. Con tales pruebas quedó el amante tan satisfecho, que ambos entraron en el lugar aquella misma mañana, montados él en la silla y ella á las ancas del caballo. (Empero la mejor prueba de fidelidad diz que se la dió Solita al conde la noche de novios, aunque no dice la crónica cuál fué esta prueba; pero ello es que vivieron despues muchos años en amor y concordia.)

El tesoro, que había quedado oculto en el monte, fué recogido llegada la noche, y al dia siguiente el conde y los que habían quedado vivos de sus servidores tomaron el camino de la corte, llevando en su compañía á la hermosa Solita, y un mes despues se celebró el matrimonio de los dos amantes, asistiendo á la boda la marquesa de Flores-Altas, que con sumo regocijo había reconocido á su hija. Hubo muchos bailes, muchos dulces, mucho jolgorio, y yo fui y vine y no probé nada, por culpa de la suegra.

Pero logré robar el pliego misterioso que se encontró en la caja, y en la parte escrita en caracteres arábigos leí: que la marquesa había tenido, cuando soltera, una hija; que la dió á criar á una aldeana del campo de Guadix, pero la abandonó despues completamente, habiendo contraído un enlace ventajoso: que la niña, siéndole gravosa á la aldeana y ademas inútil por su complexion enfermiza, había sido dejada en aquel lugar á la ventura del cielo, y que habiendo envidado sin hijos la marquesa, lloraba la pérdida de su Solita.

De modo, que el pícaro del moro encantado lo sabía todo, y si hubiera muchos moros encantados y escribieran de cuando en cuando algunas cartas á los vivientes, no habria por esos mundos de Dios tantos niños sin padres conocidos ni tantas madres desconsoladas. Pero, como esto no es muy comun, la bondadosa Solita, viéndose rica, noble y considerada, empleó parte de sus riquezas en la fundacion de un hospital de espósitos, con destino especial á los niños jorobados—y colorin colorado, cata aquí el cuento acabado.

FRANCISCO J. ORELLANA.



PEDRO EL ERMITAÑO.

Pedro el Ermitaño, cuya accion se hizo sentir tan profundamente en el siglo XI, nació en la diócesis de Amiens (hoy departamento de la Somme). Ignórase su apellido; empezó sus estudios en París, siguiólos en Italia, y sirvió en Flandes bajo las órdenes del conde de Boloña. Abandonó despues la carrera militar para contraer matrimonio con Ana de Roussi; pero habiéndola perdido, el pesar le hizo renunciar al mundo; retiróse á un desierto, de donde salió poco despues para una peregrinacion al Santo Sepulcro. La cautividad de Jerusalem y los malos tratamientos para con los peregrinos le traspasaron de dolor. El patriarca Simeon escitó aun esta indignacion: volvió Pedro á Italia y se apresuró á arrojarle á los pies del papa Urbano II para suplicarle convocara al pueblo cristiano y libertara al Santo Sepulcro de la esclavitud en que yacia. Urbano recibió á Pedro como á un hombre inspirado del cielo, y lo alentó para que llevara á cabo su mision. «El cenobita, dice M. Michaud mayor en su reseña que de ello hace, atravesó la Italia, pasó los Alpes, recorrió la Francia y la mayor parte de la Europa, infundiendo en todos los corazones el mismo celo de que estaba devorado. Viajaba montado en un jumento, con un crucifijo en la mano, los pies desnudos, la cabeza descubierta, ceñido su talle con una cuerda gruesa, ataviado de un largo hábito y de una capa ermitaña de la tela mas tosca. Era recibido por todas partes como un enviado del cielo. Juzgábanse los cristianos felices al tocar sus vestidos; el pelo del jumento en que cabalgaba era conservado como una preciosa reliquia. En medio de la agitacion general de los ánimos, producida por la elocuencia de Pedro, Urbano II convocó un concilio, en un principio en Plasencia, despues en Clermont en Auverña, en el cual el apostol de la guerra santa habló de los ultrajes hechos á la fé de Jesucristo, de las profanaciones y sacrilegios de que habia sido testigo, de los tormentos y persecuciones que un pueblo enemigo de Dios y de los hombres hacia sufrir á los que iban á visitar los santos lugares. La vehemencia de sus palabras y el dolor de que parecia penetrado despertaron en todos los corazones la indignacion y la piedad.»

Pedro continuó sus predicaciones despues del concilio; los hombres se armaban á su voz; las mujeres y niños le seguian en tropel; púsose á la cabeza de las cruzadas, y emprendió el camino de Oriente. Este ejército, en número, segun se dice, de cien mil hombres, estaba dividido en dos cuerpos: el uno mandado por Gautier (sans avoir) caballero Borgoñon; el otro por Pedro el Ermitaño. Habiendo llegado á Hungría, fueron atacados por todas partes, y el cuerpo que dirigia el cenobita fué destruido en parte. El resto de las cruzadas, reunido con dificultad, llegó á Constantinopla, donde Alexis, emperador griego, les proveyó de bajeles para pasar el Bósforo. Pero las armas, la disciplina y la direccion faltaban en este ejército que fué destruido fácilmente por los musulmanes.

Desde entonces volvió Pedro á oscurecerse. Cuando tuvieron lugar las nuevas cruzadas y empezaron la guerra, no ejerció al parecer influencia alguna en un movimiento que habia creado. Durante el sitio de Antioquia, pareció tambien que desconfiaba del éxito favorable de la empresa, y se escapó del campo. Persiguiósele y se le condujo á viva fuerza. Antes del ataque de Jerusalem pronunció un

discurso ante los cruzados reunidos en el monte Olivete. Habiendo vuelto á Europa, se retiró al lado de Huy, en la diócesis de Lieja, donde fundó un monasterio y murió el 7 de julio del año 1115.

EL DIABLO ALCALDE.

Imitacion de nuestros antiguos entremeses. (1)

PERSONAS:

EL VENTERO. EL ALCALDE.
LA VENTERA. VILLANOS.

(Entra el alcalde.)

ALCALDE. ¡Ah de la venta! ¡Oh, cómo el sol calienta! Éntrome á descansar. ¡Ah de la venta!

VENTERO (dentro). ¿Quién dá voces?

ALCALDE. Quien nunca las dió en valde.

VENTERO. ¡Oh necio! ¡Por san Gil, que es el alcalde!

(Sale y se echa á los pies del alcalde.)

Los pies á su grandeza besar quiero.

ALCALDE. ¿Soy santo yo?

VENTERO. Es alcalde y yo ventero.

ALCALDE. Un alcalde es un hombre.

VENTERO. ¿Hombre? No es tal; aunque lo diga el nombre.

ALCALDE. ¡Oh rústica inorancia! Traiga vino, que vengo hecho un Agosto del camino.

VENTERO. ¡Oh qué estraña ventura!

¿Que ha de servir tan baja criatura

á un alcalde? Voy loco de contento. (Vase.)

ALCALDE. ¡Pardiós, que es el ventero mas jumento que el que me trujo acá! Pero en justicia mas homilde es que aquel, y sin malicia.

(Vuelve á salir el ventero con una enorme tinaja que vendrá empujando cautamente hasta ponerla en medio.)

VENTERO. Ya está aquí el vino.

ALCALDE. Yo me maravillo.

¿Dónde?

VENTERO. En este jarrillo.

ALCALDE. ¿Jarro nombra

á aquese tinajon? Eche un cuartillo.

VENTERO. ¿Un cuartillo un alcalde! esto me asombra!

cuando sin pesadumbre

cualquier escribanillo

se remoja la sed con media azumbre?

ALCALDE. Un cuartillo me basta.

VENTERO. Ved que es bueno.

No se bebe en la casa

del rey vino mejor. Siempre que pasa

(1) El autor dedica este modesto trabajo á su querido amigo D. JEAN COFFIGNI.

por aquí algun señor, cien cubas lleno
para él y sus criados (Dios los guarde),
y no sobra una gota.

ALCALDE. Ande, que es tarde
y va subiendo el sol.

VENTERO. ¡Quién lo dijera!
¡Quemar en mayo el sol de esta manera!
No ha seis días aun que un aire crudo
tronchó aquel roble que se vé desnudo
allí, y aun no ha tres noches que de frío
diz que murió un pastor orilla el río.
¡Y agora se nos viene el señor Mayo
con esto! Es una hoguera cada rayo
del sol; deje ese asiento
y véngase hácia acá, que corre un viento
que consuela. Es posible
que llueva todavía.

ALCALDE. (ap.) ¡Hay mas terrible
viento! ¡ay de mi triste! ¡he de soffrillo!
¡oh brava lengua dina de un cochillo!
(Atto.) ¿De dónde es este vino? (Bebe.) Me dá gozo.

VENTERO. De Ciudad-Real, señor, lo trae un mozo.

ALCALDE. Bien hizo en alaballo.

VENTERO. ¿Échole otro cuartillo?

ALCALDE. Pues que callo
¿qué duda? échelo luego.
(Echalo el ventero y bebe el alcalde.)

¿Ya hay estrellas?
VENTERO. Las diez son.

ALCALDE. ¿Ya há doce horas
menguadas y traidoras
que estoy aquí? ¡Mas qué se me dá de ellas!
¿no soy alcalde yo?

VENTERO. ¿Vá otro cuartillo?
ALCALDE. Vaya, que aun hay adonde recibillo. (Bebe.)
¡Famosa cosa es el vino añejo!
Traígame acá un pellejo.

VENTERO. ¿Un pellejo?
ALCALDE. Un pellejo. Dése priesa.

VENTERO. (Ap.) Traeréselo del agua de la fuente
que mana entre la espesa
yerba del prado aquel que veo en frente.

ALCALDE. Espere; ¿dónde vá?

VENTERO. Voy por el vino.

ALCALDE. ¿Qué vino? asíéntese, que es desatino
ir por vino. Si el vino, ¿no es locura
salir de aquí á buscalte?

VENTERO. (ap.) ¡Oh sin ventura!
borracho está. (Atto.) Eso es llano.

ALCALDE. ¡Pese á mi honor, que me llamó villano!
¡Pardiós! con esta vara
he de desalojalle de la cara
los ojos. (Cae.)

VENTERO. En el suelo dió consigo
¡lindamente logróse! Empieze agora
mi venganza, y con ella su castigo.
¡Ah señora muger! ¡ah mi señora!
venid presto.

VENTERA. (dentro). ¡En mi casa
estas voces! habrá que poner tasa
en el beber á arrieros y estudiantes.
¡Oh mala gente! allá voy yo, bergantes.
¿Mas vos estais aquí, señor marido?
(Sale.)

VENTERO. Mirad ese colchon que os he traído.
Mullilde, varealde
bien.

VENTERA. ¿Es colchon aqueste? ¡Ah seor alcalde!
¿quién así os puso?

ALCALDE. Un vino mal nacido.

VENTERA. Pues no es moro, señor, que mi marido
y yo lo bautizamos cada hora.

VENTERO. ¡Ah señora muger! ¡ah mi señora!
deje eso: ¿no decia
que la abrazó el alcalde el otro día?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. Y que con pena
dijo al partiros vos: ¡qué esa azucena
sea muger de un cardo!

delante de Antolin, Tirso y Bernardo?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y hasta el valle
no os acompañó ayer por esa calle
de árboles intrincada,
del lugar apartada
y de la venta, que se vé allá lejos?

VENTERA. Es cierto.

VENTERO. ¿Y no es verdad que el escribano
hoy puso en vuestra mano
unos papeles viejos,
que la firma traian
del alcalde?

VENTERA. Así es.

VENTERO. ¿Y qué os decian
de ojos, talle y cabellos?

VENTERA. Ya es sabido.

VENTERO. Dadme un palo, muger.

VENTERA. Tomad, marido.

VENTERO. Cerrad la puerta aquella, que entra viento.

VENTERA. Cerrada está.

VENTERO. (dando al alcalde). ¡Ah ladrón! ¿y mi jumento?
¿Qué hizo de él? ¡asi calla!
sus huesos me dirán dónde se halla.

ALCALDE. ¡Ay! ¡ay!

VENTERO. Asnillo mio,
¿quién al mirar tu gentileza y brio
hubiera imaginado que un villano
ladrón, á quien detesto,
vendría hoy á poner en ti la mano?
Mas juro á Dios que aquesto
le ha de salir al rostro (sin dejar de darle).

ALCALDE. A las espaldas
dirá mejor. ¡Oh maldecidas faldas!
¿un mal ceñido abrazo,
antes que recibido
tornado, esto me cuesta?

VENTERA. ¡Ah falsa lengua! ¡Ah vil picaronazo!
¿de una muger honesta
asi empaña la honra?... dad, marido.

VENTERO. ¿Cuántos?

VENTERA. Doscientos.

VENTERO. Vayan los doscientos.

VENTERA. ¿Qué vá á hacer?

VENTERO. (dándola). ¡Vos tambien robais jumentos!
tomad, endemoniada, echad la cuenta;
doscientos me pidió, ya van cincuenta.

VENTERA. Yo lo diré á mi padre.

VENTERO. Ochenta y nueve.

VENTERA. ¿Y á esto un hombre se atreve
como vos?

VENTERO. Ciento son.

VENTERA. Señor alcalde,

no os abracé de valde
yo, ni en la huerta de Pascual Manzano
os di á besar mi mano
para esto: ved que ese hombre me derrienga.

VENTERO. Ciento sesenta y dos.

VENTERA. ¿No hay quien le tenga?

VENTERO. Doscientos.

VILLANOS. (dentro). En la venta es el ruido.
¡Ah señor Gil! ¡deci qué ha sucedido.

(Entran.)

VENTERO. Este hombre me robaba
un asno y yo le vi; mas él juraba
que el asno le seguía
por amor, y probéle que mentía
con tan graves razones,
que hice en él, sino mella, costurones.

VILLANO 1.º ¿Mas por qué se quejaba
vuestra mujer?

VENTERO. ¡Muger! ¿dónde se hallaba?

VILLANO 1.º Aquí; ¿no la habeis visto?

VENTERO. Ahora mi error advierto, ¡vive Cristo!

Muger del ladronazo
la creí y con gentil desembarazo
¡ah corazón de peña!
un haz encima la arrojé de leña.
Mas yo os pondré, mis ojos,
pues que tan ciegos sois, unos antojos

de letrado ú poeta,
que á tanto obliga una conciencia inquieta.

VENTERO. ¡ Oh, qué bien lo ha fingido!
¿ cómo no ven, señores,
que el asno de ese cuento es mi marido?
mas si verán, mirando
que este el alcalde es.

VENTERO. ¿ Hay mas rigore?:
viendo estoy y dudando
lo que veo; no quiero, no, creello:
¡ ay mujercita mia!
alcalde es este como vos camello:
si él fuera el que decís, ¿ así estaría?

VENTERO. Pues ¿ qué es, marido?

VENTERO. Oid: há mas de quince
años que un diablo lince
por dó quiera que voy me vá siguiendo,
unas veces vestido
de fraile, otras en buitre convertido
que de encendida nube está saliendo;
otras en un dragon, ó en una vieja,
que todo se asemeja,
y otras, en fin, en niña melindrosa,
que no es la misma cosa,
pero que mas valiera
que vieja ó dragon fuera;
y este diablo que digo
es tan mi amigo y es tan mi enemigo
que no hay medio que cuente
día sin que le vea y él me tienta.
Al alcalde la vara hurtó sin duda,
traje y figura ruda,
y á tentarme á la venta
se vino; mas erró, por Dios, la cuenta.
Acérquense, que si este fuere el diablo,
él lo dirá.

VILLANO 1.º Yo huyo.

VILLANO 2.º ¿ Guarda, Pablo!

VILLANO 3.º La cruz si se levanta
le he de hacer, que es señal bendita y santa.

VILLANO 1.º Pues yo haciéndola voy.

VILLANO 2.º Yo estaré un día
haciendo cruces.

VILLANO 4.º Yo un Calvario haría
si tuviera aquí manos.

VILLANO 5.º ¿ Hay tal loco!

¿ manos no tiene?

VILLANO 4.º Téngolas en poco.

VENTERO. Vengan acá. Figura de retablo,
(Al alcalde.)
Dime si eres alcalde ó si eres diablo.
(Le pincha disimuladamente.)

ALCALDE. ¡ Diablo! (revolviéndose).

VILLANO 1.º ¡ Jesús! ¡ Jesús!

VILLANO 2.º Llamen al cura.

VENTERO. No llamen sino en él, que es gran ventura
y ocasion brava aquesta.

VILLANO 3.º Pues hacello
es asir la ocasion por el cabello.

VENTERO. Dénle todos.
(Lo hacen.)

VILLANO 4.º ¡ Pardios! se ha levantado.

VENTERO. (Poniéndosele delante.)
Diablillo enalcaldado,
¿ dónde vas?

ALCALDE. Al infierno, do os espero.
(Sale corriendo.)

VILLANO 1.º ¡ Vive Dios que el dimonio es caballero
y que mos desafia!

VILLANO 2.º El vá sin timo.
Jurára que no deja en el camino
huella su pié.

VILLANO 3.º Tal corre; no me espanto.

VILLANO 4.º Yo sí; mas es de ver que dura tanto
un picaro entremés.

VENTERO. Pues no se espante,
y para darle fin, conmigo cante.

Cantan: La mujer que uno escoge
no quiera cuatro;
á dama antojadiza
galan de palo.

VENTERO, cantando:
Maridito del alma
y señor mio,
la mujer es costilla
de su marido.

VENTERO, cantando:
Mujercita del alma,
señora mia,
todos echan las cargas
á la costilla.

EL BACHILLER SANSON CARRASCO.



(Abadia de Noirmoutiers—Francia.)